

San Juan Crisóstomo

(Extracto de la homilía n° 47)

EL SEÑOR PROPONE NUEVAS PARÁBOLAS

Mas ¿por qué razón ahora, cuando se han retirado de la muchedumbre, habla el Señor nuevamente en parábolas a sus discípulos? Es que sus palabras les hablan hecho más inteligentes, de modo que ya le entendían. Por lo menos, el Señor les preguntó después de terminadas las parábolas: *¿Habéis entendido todo esto?* Y ellos le responden: *Sí, Señor.* Así entre otros bienes, las parábolas habían producido el de aumentar en ellos la penetración de su visión, ¿Qué dice, pues, ahora el Señor? *Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo. Un hombre lo halló y lo escondió de nuevo y, de paro gozo, vende cuanto tiene y compra aquel campo. Adem" semejante es el reino de los cielos a un mercader que busca piedras preciosas, El cual, hallando que halló una muy preciosa, fué, vendió cuanto tenía y la compró.*

LAS PARÁBOLAS DEL TESORO ESCONDIDO Y LA PIEDRA PRECIOSA

Al modo como las anteriores parábolas del grano de mostaza y de la levadura no se diferenciaban mucho entre sí, así tampoco las del tesoro escondido y las piedras preciosas. A la verdad, lo que una y otra nos dan a entender es que debemos estimar el Evangelio por encima de todo: las parábolas de la levadura y del grano de mostaza se refieren particularmente a la oculta fuerza del mismo Evangelio, que había de vencer absolutamente a la tierra entera; éstas nos ponen más bien de manifiesto, su valor y precio. Se propaga, en efecto, como la mostaza, lo invade todo como la levadura; pero es precioso como una perla y nos procura magnificencia infinita como un tesoro. Mas no sólo hemos de aprender de esas parábolas a desnudarnos de todo lo demás para abrazarnos con el Evangelio, sino que hay que hacerlo con alegría. Sepa el que renuncia a sus bienes, que no ha sufrido una pérdida, sino que ha hecho un negocio. ¡Mirad cómo el Evangelio es tesoro escondido en el mundo y cómo en el Evangelio están escondidos los bienes! Si no vendemos cuanto tenemos, no lo compramos; y si no tenemos un alma que con todo afán se dé a la búsqueda, no lo encontramos. Dos condiciones, pues, es menester que tengamos: desprendimiento de todo lo terreno y una suma vigilancia: Semejante es el reino de los cielos - dice el Señor - a un mercader que busca piedras preciosas, y hallando que halló una muy preciosa, lo vendió todo y la compró. Una sola, en efecto, es la verdad, y no es posible dividirla en muchas partes. Y así como quien es dueño de una perla sabe que es rico; pero, muchas veces su riqueza: que le cabe en la mano - pues no se trata de peso corporal - es desconocida para los demás; así, puntualmente, acontece con el Evangelio. los que lo poseemos, sabemos que con él somos ricos; mas los infieles, que desconocen este tesoro, desconocen también nuestra riqueza.

LA PARÁBOLA DE LA RED ECHADA AL MAR

Mas por que no pongamos toda nuestra confianza en la mera predicación evangélica ni nos imaginemos que basta la fe sola para la salvación, nos pone el Señor otra parábola espantosa. ¿Qué parábola? La de la red echada al mar: Porque semejante es el reino de los cielos a una red *echada al mar* y que recoge todo género de cosas. *Sacándola luego* los pescadores a la orilla, se sientan y recogen lo bueno en vasos y tiran afuera lo malo. ¿Qué diferencia hay de esta parábola a la de la cizaña? En realidad también allí unos se salvan y otros se pierden: pero en la de la cizaña es por seguir doctrinas malas y, aun antes de esto, por no atender siquiera a la palabra divina; éstos, empero, de la red se pierden por la maldad de su vida y son los más desgraciados de todos, pues alcanzado ya el conocimiento de la verdad, pescados ya en las redes del Señor, ni aun así fueron capaces de salvarse. Por lo demás, en otra parte dice que Él mismo, como pastor, separará a los buenos de los malos; mas aquí, lo mismo que en la parábola de la cizaña, esa función incumbe a los ángeles ¿Qué decir a esto? En un caso les habla de modo más rudo y en otro más elevado. Y notemos que esta parábola la interpretó el Señor espontáneamente, sin que nadie se lo pidiera, siquiera sólo la declara en parte y para aumentar el temor. Al oír, en efecto, que los pescadores se contentaban con tirar fuera lo malo, pudiera pensarse que aquella perdición no tenía peligro alguno. De ahí que, en la interpretación, el Señor señala el verdadero castigo, diciendo: Los arrojarán *al horno de fuego*, y nos recordó el rechinar de dientes y nos dió a entender que el dolor es inexplicable. ¡Ya veis cuántos son los caminos de la perdición! La perdición nos puede venir de la roca, de Las espinas, del camino, de la cizaña, de la red ahora. No sin razón dijo, pues, el Señor: *Ancho es el camino que lleva a la perdición y muchos son los que andan por él*. Habiendo, pues, dicho todo esto, cerrado su razonamiento con el temor y habiéndoles sin duda mostrado más cosas, pues con ellos habló más tiempo que con el pueblo, terminó diciéndoles: *¿Habéis entendido todo esto?* Y ellos le respondieron: *Sí, Señor*. Luego, ya que le habían entendido, los alabó diciendo: *Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un amo de casa que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas*. De ahí que en otra parte les dice: *Yo os enviaré sabios y escribas*.

EL QUE NO CONOCE LAS ESCRITURAS NO ES AMO DE CASA

Mirad cómo no excluye el Señor el Antiguo Testamento, sino que lo alaba y públicamente lo llama un tesoro. De suerte que quienes ignoran las Escrituras, no pueden ser amos de casa; esos que ni de suyo tienen nada ni de los otros lo reciben, sino que a sí mismos se consienten morir de hambre. Y no sólo éstos. Tampoco los herejes gozan de esta bienaventuranza, pues no pueden sacar de su tesoro lo nuevo y lo viejo. Lo viejo no lo poseen y, por tanto, tampoco lo nuevo; como los que no tienen lo nuevo, tampoco lo viejo. Lo uno está intimamente ligado a lo otro. Oigamos, pues, cuantos nos descuidamos de la lección de las Escrituras, cuán grande daño, cuán grande pobreza sufrimos. ¿Cuándo, en efecto, pondremos manos a la obra de nuestra vida, si no sabemos las leyes mismas por que ha de regirse nuestra vida? Los ricos, los que sufren locura de las riquezas, continuamente están

sacudiendo sus vestidos para que no los ataque la polilla; y ¿tú, que ves cómo el olvido, peor que la polilla, ataca tu alma, no lees los libros santos, no arrojas de ti esta polilla, no quieres embellecer tu alma, no quieres contemplar continuamente la imagen de la virtud, y saber qué miembros tiene y qué cabeza? Porque, sí, la virtud tiene cabeza y tiene miembros, más magníficos que el más hermoso, y mejor configurado de los cuerpos.

LA CABEZA Y LOS MIEMBROS DE LA VIRTUD

¿Cuál es pues - me preguntas - la cabeza de la virtud? La cabeza de la virtud es la humildad. De ahí que Cristo empezara por ella sus bienaventuranzas, diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu*. Esta cabeza no tiene ciertamente cabellera ni trenzas; pero sí tal belleza que enamora al mismo Dios. Porque *¿sobre quién fijaré mi mirada - dice -, sino sobre el manso y humilde, sobre el que tiembla de mis palabras?* Y: *Los ojos del Señor sobre los mansos de la tierra*. Y: *Cerca está el Señor de los contritos de corazón*. Esta cabeza, en lugar de cabellos y cabellera, ofrece a Dios sacrificios agradables. Ella es altar de oro y propiciatorio espiritual: *Porque sacrificio es para Dios un espíritu contrito*. La humildad es la madre de la -sabiduría. El que ésta tenga, tendrá todo lo demás. He ahí una cabeza cual jamás la habíais contemplado. ¿Queréis contemplar ahora, o mejor, saber cómo es su rostro?

Conoced, pues, ahora su color sonrosado y la flor de la belleza y la mucha gracia que respira, y sabed de dónde le viene. ¿De dónde, pues, le viene? De su pudor y su vergüenza. Por eso alguien dijo: *Delante del pudoroso caminará la gracia*. Y este pudor, ¡cuánta belleza no derrama sobre los otros miembros! Aun cuando combinarais cien colores, no lograrías cuadro tan bello. Si queréis también contemplar los s, miradlos suavemente pintados de modestia y castidad. Ahí que sean tan bellos y penetrantes, que son capaces de ver al Señor mismo: *Bienaventurados - dice - los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Su boca es la sabiduría y la prudencia y el conocimiento de los himnos espirituales. Su corazón es la familiaridad con las Escrituras, la observación de las doctrinas exactas, la caridad y la bondad. Y así como no es posible vivir sin cabeza corporal, así tampoco es posible alcanzar la salvación sin la cabeza espiritual. De ella, en efecto, proceden todos los bienes. Tiene también la virtud sus pies y sus manos, que son las buenas obras; tiene un alma, que es la piedad; tiene un pecho de oro y más duro que el diamante, que es la fortaleza. Todo es fácil vencerlo antes que romper este pecho. El espíritu, en fin, que reside en el cerebro y en el corazón, es la caridad.

EL EVANGELISTA MISMO, IMAGEN VIVA DE LA VIRTUD

¿Queréis que os muestre ahora esa imagen en la realidad misma? Considerad al mismo evangelista Mateo. Ciertamente que no nos consta de todos los hechos de su vida; sin embargo, por lo poco que sabemos, podemos contemplar una imagen brillante de virtud. Para saber que fue humilde y contrito de corazón, basta que le oigamos cómo, en su propio evangelio, se llama a sí mismo publicano. Que fue misericordioso, lo prueba el hecho de haberse

desprendido de todo y seguido a Jesús. Piadoso, bien se ve que lo fue por su doctrina. Su inteligencia, no menos que su caridad, fácil es verla por el mismo evangelio que escribió, pues por él quiso hacer un beneficio a la tierra entera. Sus buenas obras se prueban por el trono en que ha de sentarse; su valor por haber salido gozoso del sanhedrín.

LA HUMILDAD Y LA MISERICORDIA, VIRTUDES NECESARIAS PARA SALVARSE

Imitemos, pues, esta virtud, y señaladamente la humildad y la misericordia, sin las cuales no es posible la salvación. Así nos lo ponen de manifiesto las cinco vírgenes fatuas, y no menos que ellas el fariseo. Sin la virginidad, es posible ver el reino de los cielos; sin misericordia, es imposible. La misericordia pertenece a las cosas necesarias, a las que lo sustentan todo. No sin razón, pues, la llamamos corazón de la virtud. Ahora bien, el mismo corazón corporal, si no suministra aliento a todos los otros miembros, rápidamente se extingue; una fuente, si no se derivan de ella constantes arroyuelos, rápidamente se corrompe; del mismo modo, los ricos, si para sí solos retienen lo que poseen. De ahí que aun en el lenguaje corriente solemos decir: ¡Qué corrupción de riqueza tiene fulano! Y no decimos: ¡Qué, abundancia, qué tesoros de riqueza! Y a la verdad, de corrupción se trata, no sólo de los que las poseen, sino de las mismas riquezas. Así, los vestidos amontonados se apolillan, se toma de orín el oro, y el trigo es comido de gusanos. En cuanto al alma de quien todo eso posee, tomada es de orín; corrompida es también por las preocupaciones más que los mismos bienes que posee. Si pudiéramos sacar a la luz el alma de un avaro, como un vestido roído por infinitos gusanos, al que no le queda parte sana, tal la hallaríamos a aquélla, agujereada por todas partes a fuerza de preocupaciones, corrompida y tomada de orín por sus pecados.

LA GLORIA DEL ALMA DEL POBRE

No así, ciertamente, el alma del pobre; del pobre, digo, voluntario; sino que resplandece como el oro, brilla como una perla y florece como una rosa. No hay en ella polilla, no hay salteador, no hay preocupación mundana. No, la vida de estos pobres es vida de ángeles. ¿Queréis contemplar la belleza de esta alma? ¿Queréis saber la riqueza de la pobreza? No impera sobre los hombres; pero impera sobre los demonios. No asiste ante el emperador; pero asiste ante Dios. No sale a campana con hombres; pero sale con ángeles. No tiene un arca, ni dos, ni tres, ni veinte; pero tiene tal opulencia que reputa por nada al mundo entero. No tiene un tesoro; pero tiene el cielo. No necesita de esclavos, o, por mejor decir, tiene por esclavas a sus pasiones; tiene por esclavos a los pensamientos, que esclavizan a los mismos emperadores, esos pensamientos que mandan sobre los que se visten de púrpura, tiemblan ante el pobre y no se atreven a mirarle a la cara. El pobre se ríe de la realeza y del oro y todas las cosas semejantes, como de juguetes de chiquillos, y todo eso lo tiene por tan despreciable como los aros y las tabas y las bolas y las pelotas de los niños. El tiene un adorno que no son capaces ni de ver los que se entretienen en aquellos juegos. ¿Qué puede, pues, darse de mejor que un pobre de éstos? El pavimento que pisa es el

cielo. Y si tal es el pavimento, ¿qué tal será el techo? - Pero el pobre no tiene, me dices, ni coche ni caballos -¿Y qué falta le hacen a quien ha de ser llevado sobre las nubes y estar con Cristo?

Considerando, pues, todo esto, hombres y mujeres, busquemos aquella riqueza, busquemos la opulencia que no puede ser consumida, a fin de alcanzar el reino de los cielos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén